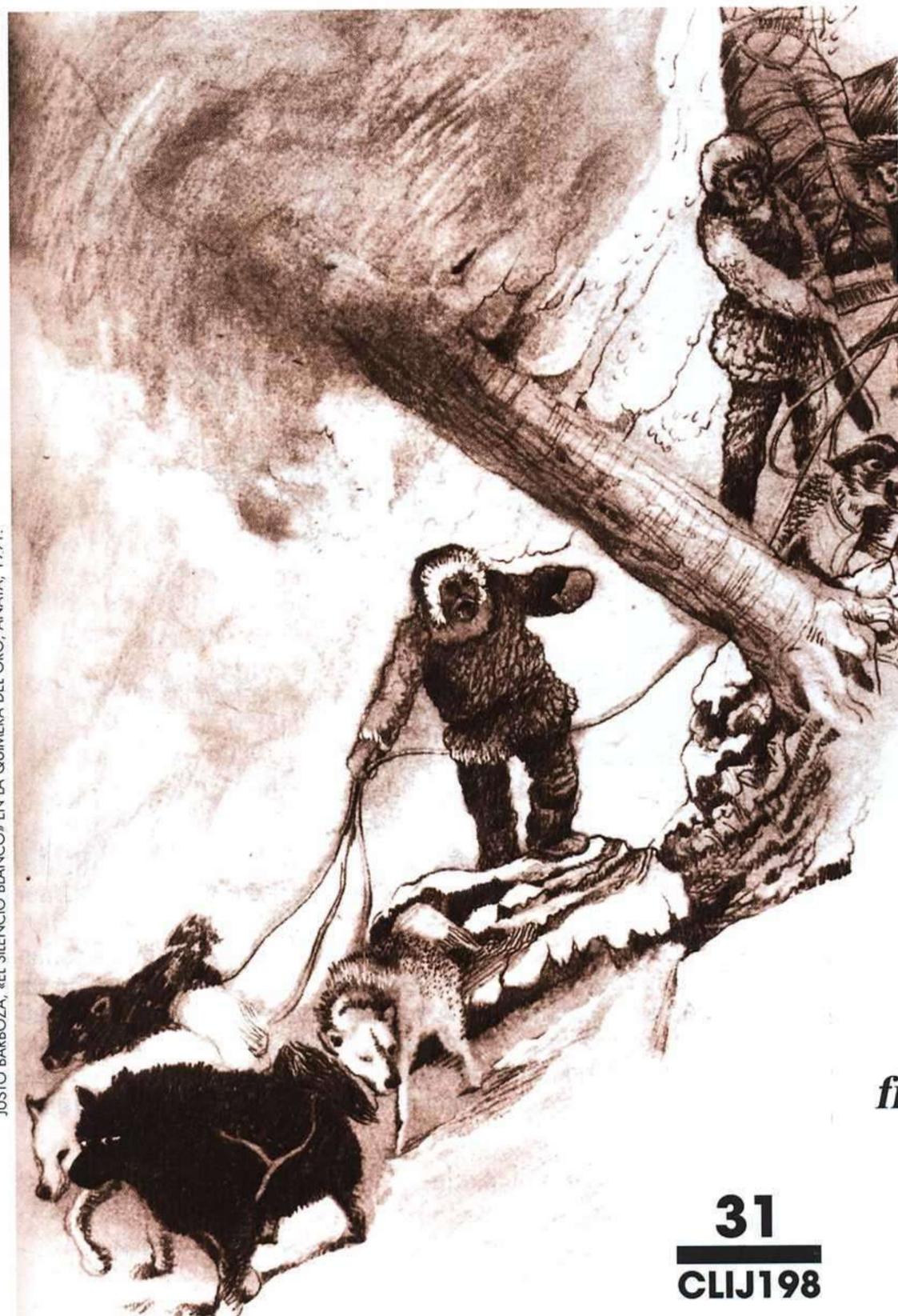


Jack London

JACK LONDON

Los relatos de Alaska

Francisco Cabezas Coca*



Genuino autodidacto, Jack London forjó su estilo literario leyendo mucho, desde novelas hasta filosofía y, también, viviendo experiencias diversas e intensas que serían el sustrato de mucha de sus obras. De su viaje al Gran Norte en busca de oro, nacerían una serie de cuentos, duros, fríos y brillantes como el hielo.

31

CLIJ198

Cuando, a principios del verano de 1898, Jack London regresaba del territorio del Yukón, lo hacía enfermo de escorbuto y con las manos vacías. Sin embargo, paradójicamente, había encontrado la veta de oro que habría de hacerle rico y famoso. La fiebre del oro del Klondike con su caterva de aventureros en busca de fortuna, junto a las anécdotas oídas —o, posteriormente, leídas— constituiría un material precioso que el incipiente escritor metamorfosearía una y otra vez en cientos de páginas de aventuras.

Héroes árticos

London fue el primero en descubrir las posibilidades literarias de la frontera de Alaska. En una época en la que el oeste salvaje de Estados Unidos había desaparecido bajo las ruedas del ferrocarril y entre los engranajes de la industrialización, él acertó a encontrar el marco de una nueva frontera, el Gran Norte, donde aún era posible vivir heroicamente. Ésta es, pues, la escena. Se trata concretamente de la cuenca del río Yukón, uno de cuyos afluyentes ya dentro de territorio canadiense, el Klondike, fue entre 1897 y 1898 el centro de la última fiebre del oro conocida.

En este medio geográfico, entre los paralelos 60 y 68 de latitud norte, las condiciones de vida son terriblemente duras. El silencio es impresionante, las temperaturas glaciales y la soledad inmensa. Y es aquí, libre del complejo entramado social y bajo un cielo de metal, donde le es todavía factible al héroe londoniano vivir la aventura desusada.

Calder-Marshall ha llamado a London «el Homero de la fiebre del oro» por su visión épica de las peripecias alaskañas. En una de sus cuentos, un viejo minero chiflado canta esta absurda canción:

«Como Argos en los tiempos antiguos,
dejamos esta moderna Grecia,
pompornpompón, pompornpompón.
para esquilas el vellocino de oro.»

Los nuevos Jason y Ulises, los Aquiles y los Agamenón, encuentran en el terri-



NATHAËLE VOGEL, ENCENDER UN FUEGO, BLUME, 2003.

torio del Yukón los vellocinos de oro, los despojos troyanos y el Mediterráneo del hielo. Lejos de la monotonía de la existencia cotidiana, estos héroes modernos sustituyen el tedio urbano civilizado por el lugar salvaje al aire libre. Pero no se

trata de una naturaleza benigna y amable. Estamos, por el contrario, ante un entorno adverso, regido por leyes implacables, activas unas veces, soberanamente pasivas e indiferentes otras, que trata de destruir todo ser viviente o asis-

te impasible a la suerte fatal de los desvalidos mortales en peligro. Así, Mason, con el hombro destrozado por el pino caído, ha sido elegido y condenado al azar por el «Silencio blanco»; y el caminante solitario de «La hoguera» (también se ha publicado en España este relato sólo y con el título de *Encender un fuego*), traicionado primero por el manantial escondido, acabará siendo derrotado, a pesar de su obstinada resistencia, por la despiadada temperatura ártica.

Toda armonía preestablecida entre la naturaleza y el hombre ha desaparecido. De ser una entidad acogedora y amiga, el entorno natural se ha convertido en un monstruo ferozmente hostil. Cuthfert y Weatherbee, en «En un país lejano», acosados por el largo y negro invierno, irán despojándose de todo vestigio de humanidad para terminar víctimas de la locura. La angustiada lucha por la supervivencia en el mismo inhóspito paisaje reviste caracteres de pesadilla en «Amor a la vida», un relato que —digámoslo como anécdota curiosa— serviría para entretener las últimas horas de Lenin en su lecho de muerte.

Es esta naturaleza adversa la que constituye el terreno de pruebas ideal para el temple de los héroes y para la aventura violenta. Más aún, ella viene a ser el auténtico antagonista. A veces, no obstante, toda lucha es inútil. En «Ley de vida», el viejo Koskoosh, ciego e inservible, siguiendo el código inexorable dictado por el inhóspito entorno, es abandonado al verdugo que tiene forma de frío y lobos. Es preciso eliminar al individuo para que continúe la especie.

Reversión atávica

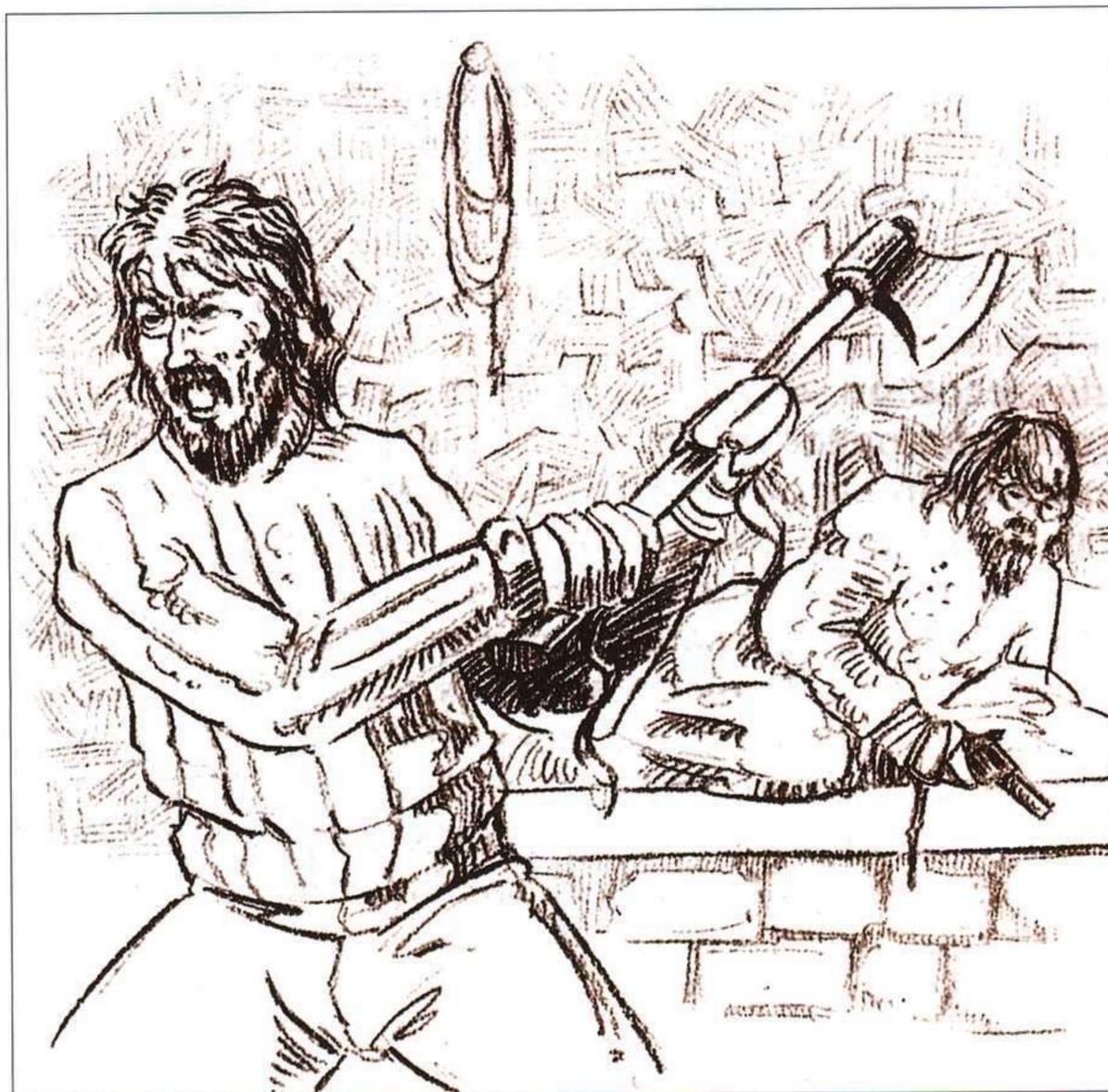
Otro aspecto importante que destacar en estas narraciones es el de la reversión atávica. En las tierras del norte, ante el conflicto brutal por la supervivencia, el hombre descubre sus rasgos animales latentes, su herencia ancestral primitiva. Así, los dos protagonistas de «En un país lejano», bajo la influencia del «miedo del polo», se convierten en bestias rabiosas. «Amor a la vida» y «Diablo» muestran cómo lobo y hombre, hombre y lobo, pierde sus perfiles distintivos en su pugna por sobrevivir. Pero si en el pri-

mero vemos aparecer sorprendentes afinidades entre el extenuado viajero y el lobo enfermo, en el segundo, motivado por un extraño y feroz odio recíproco, asistimos a un paradójico intercambio de papeles entre amo y can. mientras en *Diablo*, un interesante anticipo del *Buck de La llamada de lo salvaje*, se nos descubre el misterioso grado de inteligencia que puede alcanzar un perro, en «Amor a la vida», por medio de los tres personajes, London reitera la idea de que ningún sentimiento es capaz de superar el instinto de conservación animal. Es este instinto el que empuja a Hill a abandonar a su compañero en apuros y el que lleva al hombre abandonado a enfrentarse al lobo con sus mismos medios.

Contemplando el universo a través de estos presupuestos, la aventura y el héroe excepcionales adquieren unos tonos sombríos que los alejan definitivamente de la historia infantil ingeniosa y opti-

mista. Algunos críticos, entre los que se cuenta Vykov (seguramente el más eminente londonista de la Unión Soviética), pretenden ver en este protagonista el prototipo del héroe romántico optimista en pugna con el medio natural o —en otra parte de su ficción— social. Para mí, por el contrario, estamos ante alguien netamente pesimista. Todo su romanticismo estriba en la lucha, no en la victoria o meta. London, en su fuero interno, nunca consideró posible, ni deseable, meta alguna, a no ser que se tratase de su propio triunfo personal —y eso antes de que este se transformara en cenizas—. En su afán de lucro, el héroe londoniano tiene que aceptar el desafío de un universo hostil y, como el ser vivo de la biología darwinista, debe adaptarse al medio o perecer. No hay otra salida.

«Cuando el hombre viaja a un país lejano —nos dice London al principio



JAVIER RAMOS, «EN UN PAÍS LEJANO», EN LA QUIMERA DEL ORO, GAVIOTA, 2005.

de «En un país lejano»—, debe prepararse para olvidar muchas de las cosas que ha aprendido... Debe abandonar..., y, a menudo, debe invertir los mismos códigos por los que se ha afirmado su conducta... Para el hombre que no sabe adaptarse al nuevo surco sería mejor volver a su país, pues, si lo retrasa demasiado, es seguro que morirá.»

El prototipo del héroe y el humor

Malemute Kid, protagonista de una serie de cuentos alaskianos aparte de «El silencio blanco», es el prototipo del héroe tranquilo y eficiente de la narrativa londoniana. Capaz de reprimir sus impulsos y sentimientos y dotado de una férrea disciplina, se sabe adaptar a las condiciones más adversas. Lo mismo ocurre con el personaje de «El filón de oro», apto para afrontar una situación al límite de sus nervios. Por su parte, Subienkov, en «El burlado», perdida toda esperanza de salvar la vida, conservará su sangre fría para procurarse un final rápido con el ingenioso engaño al jefe indio.

Si *lo inesperado*, que sirve de título a uno de los cuentos, es frecuentemente un elemento común en la trama de estas aventuras, la broma, la burla o la jugada del destino son, por otro lado, moti-

vos determinantes en varios de ellos. Es un humor peculiar el que se refleja en estas historias, un humor que recuerda en cierto modo el de las fábulas morales clásicas. Así, en «Demasiado oro» resucita London el viejo tema del estafador. «El hombre de la cicatriz» ejemplifica con humor y *suspense* el castigo de la avaricia. El ardid del cosaco de «El burlado» viene a ser una réplica macabra de la astucia del zorro. En cuanto a «Las mil docenas», nos devuelve al mito folclórico con una cruel y dramática versión del cuento de la lechera. En éste —habría que añadir— la lucha por la vida ha sido sustituida por la realización de una idea obsesiva. Rasmussen, el protagonista, con una obstinación análoga a la del personaje de «Amor a la vida», sufrirá las más duras penalidades para llevar a cabo su lucrativa especulación.

Digamos por último que «El filón de oro», sin estar ambientado en Alaska, tiene en común con otras historias del volumen el motivo del oro. Por otro lado, nos presenta una situación límite similar —aunque más intensa, en mi opinión— a la de «Lo inesperado».

Aparte de un puñado de novelas, se puede afirmar taxativamente que lo mejor de la obra londoniana lo constituye su narrativa breve. Es cierto que comenzó imitando el método del británico Ki-

pling, al que London, en su periodo de aprendizaje, había tomado como maestro. No obstante, en cuanto descubrió su estilo propio, abandonó el del autor de *Cuentos de las colinas*.

Corrían tiempos propicios para este tipo de ficción, con un creciente éxito entre las revistas de gran tirada. Había llegado la época del cuento nuevo, vigoroso, simple y pintoresco, centrado en una anécdota única y lleno de acción. A menudo, se trataba incluso del cultivo de especialistas dedicados casi exclusivamente a esta tarea. Primero Bret Harte, con sus bocetos coloristas sobre la vida en el lejano oeste, luego Kipling, que había aprendido mucho del escritor afincado en California, y por fin, London, fueron los hitos entre toda una floresta de autores que crearon en el lector el gusto por este producto.

Estilo narrativo

Es evidente que Jack London gusta de los episodios dramáticos, de las escenas cuidadosamente preparadas y resueltas con la máxima tensión. Pero si sus historias cautivan al lector, si le obligan a leerlas con el alma suspendida de un hilo, no es sólo porque describan episodios únicos, momentos no corrientes, aventuras insólitas, sino a causa de la



JUSTO BARBOZA, «DIABLO» EN LA QUIMERA DEL ORO, ANAYA, 1991.



JAVIER RAMOS, LA QUIMERA DEL ORO, GAVIOTA, 2005.

peculiar manera en que están contadas. Su estilo, frecuentemente poético en la descripción paisajística, se hace, llegado el momento, directo, enérgico y efectivo. London sabe cómo alcanzar el punto climático adecuado, llevarlo a una situación límite y conservar el *suspense*, dosificándolo hasta el instante final. Salvo en algún caso aislado, su prosa se halla despojada de digresiones inútiles o de cualquier retórica enfadosa. Acción y peligro son los rasgos característicos de estos relatos. Y en los momentos críticos, su autor tiene la facultad de hacernos oír, ver y sentir lo que el personaje oye, ve y siente, con una nitidez admirable. Así, hay instantes que van acompañados de memorables rasgos visuales. ¿Quién que haya leído «La hoguera» habrá podido olvidar el escupitajo del caminante que es-

talla en el aire en partículas de hielo debido al intensísimo frío polar?

Realismo imaginativo

Podría hablarse de realismo si no fuera porque la idea está asociada con lo estadísticamente probable, mientras que las aventuras londonianas se basan en lo insólito. London manifestó una vez que su método consistía en «descubrir la auténtica maravilla de las cosas». No obstante, como buen poeta de lo maravilloso, sabe cómo hacer suspender la incredulidad del lector. ¿Qué duda cabe que sus situaciones son hiperbólicas, sus héroes a veces excesivamente eficientes, y sus peripecias, en fin, demasiado alejadas de nuestra experiencia cotidiana! ¿Pero no es esto lo que nos atrae en Lon-

imagina
tu vida
si vivieras
en...

la sabana

el desierto

la jungla

una
gran ciudad



Combel
EDITORIAL

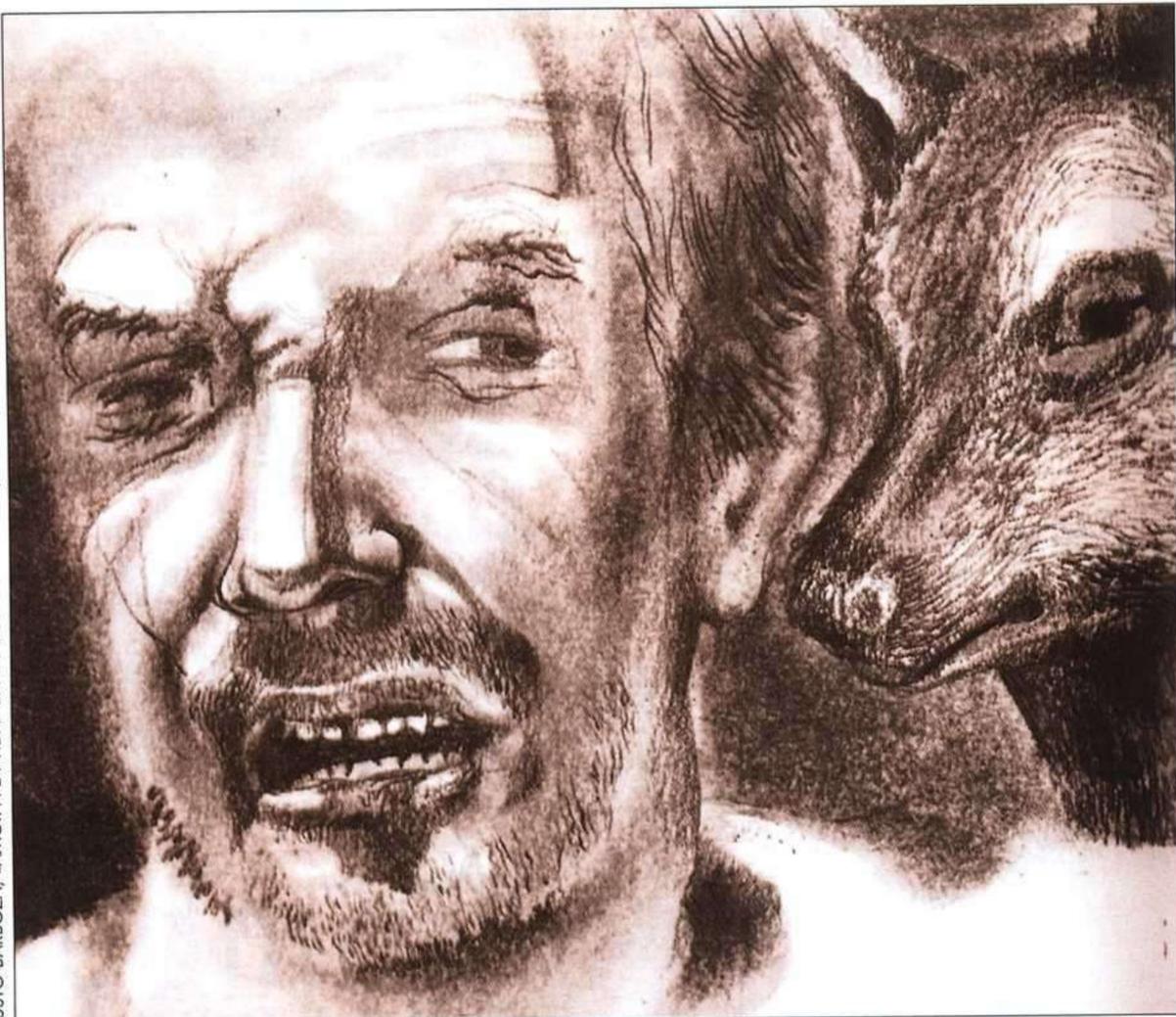
902 107 007
www.editorialcasals.com

JACK LONDON

JAVIER RAMOS, «AMOR A LA VIDA» EN LA QUIMERA DEL ORO, GAVIOTA, 2005.



JUSTO BARBOZA, «AMOR A LA VIDA» EN LA QUIMERA DEL ORO, ANAYA, 1991.



don, esta especie de equilibrio entre la aventura romántica y el sutil tratamiento realista de la acción?

Tal vez se trataba de una de sus *boutades* cuando afirmaba que él había apren-

dido a contar cuentos en sus tiempos de vagabundo por Estados Unidos, cuando se tenía que granjear la voluntad de la mujer que le abría la puerta para que le diera algo de comer. Una historia que so-

nase falsa, un error en la manera de contarla, y podía encontrarse con un portazo en las narices, un agresivo perro azuzado contra él y nada con que aplacar su hambre. Quizá sea acertada la idea de que London cuenta sus anécdotas como un vagabundo. Pasada la impresión del relato, el lector descubre la falla esencial del mismo. Si es realismo, es un realismo puramente imaginativo, intensificado hasta desconectarlo de la auténtica realidad. La intriga está demasiado bien estructurada, demasiado bien dosificada, demasiado nítidamente resuelta para ser verdad. Su simetría no se corresponde con el caos natural de las cosas.

Y sin embargo, éste es paradójicamente su acierto. Es su distribución del *tempo* dramático lo que nos mantiene en vilo en todo momento. Su prosa directa, sobria y ordenada está en perfecta consonancia con la pintura de violencia y la acción física dentro de la narración breve.

Pero queda un aspecto capital que destacar. El logro principal de London está en su facultad para intuir en los momentos claves —acción o inacción—, el estado emocional de sus personajes. Sean los instantes finales de Cuthfert o Rasmussen, la angustia del peligro inminente del minero en el hoyo, o el horror de la muerte por congelación del caminante solitario de «La hoguera», el auténtico triunfo del estilo londoniano está aquí. En este terreno, nadie como London —ni Bret Harte ni Kipling— es capaz de hacer experimentar al lector tan intensamente la sensación de ansiedad, peligro o desesperación: son esos instantes trascendentales en los que los personajes, enfrentados a una situación límite, buscan una salida hacia la muerte o hacia la ansiada supervivencia. ■

*Francisco Cabezas Coca es traductor

Este texto fue escrito por Francisco Cabezas como apéndice en la edición de *La quimera del oro* (Anaya, 1981), volumen que reúne los relatos a los que hace referencia el artículo. Relatos publicados en la época en distintos periódicos y revistas y, algunos de ellos luego incluidos en volúmenes titulados *The Son of the Wolf* (1900), *The God of his Fathers* (1901), *Children of the Frost* (1902), *The Faith of Men* (1904), *Moon-Face and Other Stories* (1906), *Love an Live and Other Stories* (1907) o *Lost Face* (1910).